



simpatías en favor, no precisamente de los negreros, sino del aplazamiento de las reformas de Ultramar, lo cual hemos convenido ya en que es cosa muy distinta.

Decíase además, que no eran estas las únicas simpatías manifestadas ó insinuadas ó sorprendidas en Palacio, sino que había además otras favorables á los artilleros.

Y como se añadía que con este motivo era posible que ocurriese aquél milagro de las crisis ministeriales, no producidas en las Cámaras, y que en su consecuencia podíamos amanecer un dia con un gobierno ó cosa así, de conservadores, el diputado republicano José Fernando González explató el viernes una intervención en el Congreso: «sobre qué dirían ustedes?

¡Ah! ¡Pero si ya lo saben! Sobre los artilleros, es verdad.

El mozo se hizo aplaudir repetidas veces, y cuando hubo obtenido de la Cámara muestras evidentes de que la opinión estaba completamente en su favor, se sentó como si no hubiera dicho nada.

El presidente del Consejo prometió obrar con rectitud y energía.

El ministro de la Guerra prometió obrar con rectitud y energía.

El general Gándara objeció que si él fuera ministro obraría también con rectitud y energía, pero de otro modo.

Y esto fué causa de que su discurso fuese considerado como un memorial escrito en indirectas.

La Cámara dió un voto de confianza al Gobierno, como diciendo al general Gándara: ni por esas.

Y el Gobierno con el voto de confianza pudo ir á Palacio y decir:

Señoras simpatías: si ustedes me derriban, será dando porrazos á la opinión pública, legítimamente representada; con que...

Con que no hay crisis.

Entendámonos. No la hay en este momento.

Mañana cuando amanezca, ¿quien sabe lo que puede de haber?

Roberto Robert.

### EL NATALICIO.

Pues señor, el otro dia (mejor dicho) la otra noche, dió á luz la reina María

—¿A ver? ¡Ah! Eso no tiene mal ninguno. Es un hueso de la naranja misma.

—Podría ser de vaca, si te parece.

¡¡¡Hombre!!!

—No hay hombre que valga. Tiene el único defecto que podia tener, no habiendo hecho propósito de servirlo mal.

—Vaya, no te enojes. Le diré á la muchacha que otra vez no presente naranja sin colarla.

—Oh... otra vez...

Esto como muestra.

Y esta queja y todas las análogas, no son más que un pretexto para poner hóco y tomar el sombrero. Si puede ser el sombrero y la capa, mejor. Y al salir á la calle se dilata el semblante del marido que tan lleno de enojo parecía, y á los cuatro pasos ya vuelve la cabeza con ojos encandilados, si acierta á pasar por su lado una mujer, aunque un espeso velo no consienta ver nada de sus facciones. Basta que sea mujer, y sobre todo, pasajera y desconocida. Tres encantos funestos á cual más, para los que la tienen propia, permanente y sabida de memoria.

Cuando ella sale de casa y tarda más que de costumbre, y él no muestra impaciencia ni cuidado por su tardanza;

Cuando él es el que tarda y se incomoda por las muestras su impaciencia y los temores que su tardanza ha inspirado;

Cuando se casa algún amigo suyo y él oye referir

un sér que al mundo venia con nodriza, casa y coche. Y fueron los diputados corriendo (sin ser llamados) el principe á bendecir; pero al saberlo el señor, que estaba de mal humor, no los quiso recibir. Como era cosa resuelta, todos dieron media vuelta, y ministros, diputados, generales y empleados, unos tristes y mojados, y otros hechos unas fieras, bajaban las escaleras tarareando á compás:

«Carrasclás...  
alégrate Blas,  
porque ya tenemos  
un principe más.»

La nueva del natalicio corrió al punto por España, la cual se salió de quicio al saber ese estrupcio en marcas por la mañana.

Y pusieron colgaduras, y repicaron los curas campanas de la faccion, y dispararon petardos, y los rojos y los pardos tuvieron un alegro.

Muchos al ver tanto exceso preguntaban: «Por qué es eso?

—Porque ha parido D. Carlos, decía para animarlos un chusco de mala ley; y el progresista, y el neo, ayudaban al jaleo vociferando á cada mas:

«Carrasclás...  
alégrate Blas,  
porque ya tenemos  
un principe más.»

Hasta que al fin ayer mismo

por eso del qué dirán, con arreglo al Cathecismo

le echó el agua del bautismo al vástago, un capellán.

En brazos de la duquesa, que bien sabrá lo que pesa,

el infante se mostró; y en honor á tales sucesos

con dulces y otros excesos

la gente se regaló.

Todos fueron parabienes

y caricias á los nenes;

el insigne Ruiz Zorrilla,

y el resto de su cuadrilla

con sonrisa de epigramática piedad lo que hace en los primeros días el nuevo marido;

Cuando encogiéndose de hombros expresa laconicamente su opinión sobre ciertas delicadezas femeniles, diciendo:

—Bah, cosas, de mujeres!

En cada uno de esos casos y sus análogos, ¿quien reconoceria en él al amante amarcelado de poco tiempo atrás; al esposo atento, apasionado, respetuoso de menos tiempo á esta parte?

—Lo reconocerian ustedes, señoras? ¡No! ¡No es verdad que no?

Parece que aquel hombre estuvo casado, toda la vida; que lo casaron por fuerza; que nació casado, y está esperando coyuntura propicia para libertarse del matrimonio, con el mismo afán con que deseó ser marido.

Este es el que de novio se complacía en hacer idilios matrimoniales; el que como Chactas

... contaba los días felices  
que debía pasar á tu lado.»

Ya no aconseja á sus amigos que se casen, como solía hacer antes.

Ya se explica perfectamente el que dos cónyuges se separan para siempre sin pena, cosa que en otro tiempo no comprendía.

Ya no sólo se rie de las ternezas entre amantes y entre esposos, sino que se echa en cara las suyas anteriores como debilidades ridículas e indignas.

no cabian en la piel; y Martos, y el buen Rivero con muchísimo salero decian á los de atrás:

«Carrasclás...  
alégrate Blas,  
porque ya tenemos  
un principe más.»

Equis.

### ¿TODAVÍA?

Pero señores, ¿en qué pensamos? Con que todavía tenemos sobre el tapete, y sin resolver la cuestión de los artilleros?

Caballeros, por Dios, miren Vds. que esto no puede seguir así. En qué país vivimos? Dónde vamos á parar? En qué pensamos? ¿Qué hacemos?

Hombre, ¡por María Santísima!

Ya se comprende que, es preciso ocuparse algo de los presupuestos y de las dos guerras civiles que tenemos entre manos; pero antes, ¡si señor, antes y con antes! es preciso ocuparse de los artilleros.

Es el defecto que tenemos todos los liberales de este país: charlamos mucho, discutimos mucho, manejamos mucho y lo principal nos lo dejamos sin resolver.

No, caramba, no. A cada cosa su cosa, y los navos en orden.

¡No parece si no que ahí á la vuelta de cada esquina podemos encontrar artilleros tan buenos como estos que tenemos ahora! ¿Qué hemos de encontrar?

Ocurrió lo de Cuba, ¿quién fueron los primeros en ofrecerse á batir los enemigos de España? Los artilleros. Vino la insurrección carlista, ¿quién fueron los primeros...? Los artilleros!

¡Oh! Más áiroso quizás los encontraremos buscandolos con candil, pero más patrióticos y más sumisos y más... ¡eso si que no!

¿Y qué piden en último resultado? ¿Qué no los manda el general Hidalgo? Pues hacen bien: ¿dónde se ha visto hecho general al Sr. Hidalgo? ¡Qué atrocidad!

No señor, el que quiera ser general que lo gane con sus puños, como en tiempo de Doña Isabel, que en cuanto daba á luz un infante hacía un general en un sanitamen; sino qué estos liberales...

Y luego, que ellos no dependen del Gobierno, ni tienen nada que ver con el Gobierno, ni deben obedecer al Gobierno. Ellos están en sus cuarteladas para defender á la nación, y la nación pide hoy y deseja con preferencia á todos los demás, que el general Hidalgo... ¡vamos! ¿Qué se puede esperar de un hombre que se va á batir con los carlistas como si tal cosa?

¡No señor! ¡Que venga á Madrid; que se esté por acá; que se perfume y emperifolle; que se le vea por la noche en la Ópera ó en los conciertos; que vaya los domingos á la Castellana á hacer carocas á las

Sabe una porción de cosas que otras mujeres hacen mejor que la suya.

¡Mal síntoma!

Cree que sólo su mujer tiene ciertos y determinados defectos.

¡Pésimo síntoma!

Para las faltas de las mujeres agenas encuentra fácilmente compensaciones ó circunstancias atenuantes...

¡Está de remate.

Ustedes lo observan, se lo reflexionan, lo desploran, señoras... ¡y lo sé, ya! y ¿qué hacen ustedes?

La respuesta no es de este lugar; pertenece al libro en que las protagonistas sean ustedes.

Lo que en estas páginas nos importa son ellos.

Pues bien: llegados á este punto en que la transformacion se ha verificado, ya pueden ustedes echar un galgo al amante, al novio, al esposo de la luna de miel: inutilmente.

No queda ya más que una larva de todo aquello.

¡Pero ese hombre ha muerto para el amor?

Distingamos.

Para el amor conyugal bácia su esposa presente...

Cuidado que no me gusta dar malas noticias, ni me ha gustado nunca.

Pero tampoco debí ni querer negar ni disfrazar la verdad.

Por este discreto circuloquio, ustedes que oyen volar una mosca, habrán comprendido ya que

(Se continuará)

## ACTUALIDADES.



AL RETONAR DE LA DINASTÍA.

chicas, y veremos á ese Sr. Hidalgo cómo se las compone! ¡Qué sabe él!...

En fin; no sabemos de fijo los propósitos del Gobierno en este asunto.

¡Cederá? Si no cede es por orgullo. ¡Miento! Si cede es por debilidad. ¡Miedoso!

Haga lo que haga, tenga en cuenta qué el libro de la historia está abierto, y que allí es preciso apuntar su determinación.

Pero, ¡por Cristo! ¡Que haga algo, demontrés!

Pues qué, zasi como así se entretiene á una corporación como la de artillería?

No señor: ya que los artilleros nos sirven gratis, ya que no cobran nada por defender á la patria, por lo menos que se les dé gusto.

¡Qué quieren? Que separemos al general Hidalgo; ¡pues si no es más que eso!

¡Un general que se bate por su patria!

¡Ha visto V. cosa semejante?

¡Ah! Si fuerá un buen artillero!...

¡Cá! Vamos á arreglar eso!

Manuel Matosos.

## ARMONÍAS PROFANAS.

XI.

¡A LA EXPOSICIÓN....!  
(si hay recursos.)

A un aristócrata neto,  
con humos de matasiete,  
que con estilo indiscreto  
se me queja de un soneto  
que publiqué en *El Cohete*;  
que con b me escribe vida,  
y por lleno pone yena.

y es persona distinguida  
que le manden en seguida  
á la exposición de Viena!

Un boquerón dice que  
a una dama muy nombrada  
joven y hermosa hasta allí...

que, como quien no hace nada  
juega más de una tostada  
á su esposo báñadó.

Y que *En las astas del toro*  
hace poner en escena  
en su casa, y sin decoro,

mira amante á uno del coro...

Y que! ¡Que la mandén á Viena!

A cierto ministro, que  
á quien le ve causa risa;

que de los más rojos fué  
y del Iris al café

como son los ojos de la señora  
sus botas de cuero se enganchan

iba en mangas de camisa...  
y hoy, rey de los patulantes

jamás se quita los guantes  
y de aromas mil se llena...

que se lo lleven cuanto antes  
á la exposición de Viena!

A una vieja intolerable,  
horrosa, detestable,

más fea que ella quizás;  
que cuando está más amable

es cuando me carga más.

Que me persigue tirana  
del Suizo á la Castellana,

y al verme se desenfrena...

que se la llevén mañana  
á la exposición de Viena!

A cierto pollo que al Real  
va solo á pintar la mona,

y asegura muy formal  
que una dama... radical

se muere por su persona...

Que, aunque de ilustre apellido  
nunca otra cosa ha sabido  
que bullir de cena en cena...

¡Llevad á esa presumido  
á la exposición de Viena!

Si es que en mi bolsillo veis  
eso que se llama un duro,

con el que tan blanda hacieis  
la suerte... y con cinco o seis

salís de cualquier apuro...

Sera cosa singular,  
(circunstancia que me apena);

¡tambien lo deben mandar  
como curioso ejemplar!

Cuando los señores  
a la exposición de Viena!

Ernesto García Ladevesa.

## LOS DOS TOISONES.

—¿Qué? ¿Quiere V. uno?  
—Hombre... no.

—Por qué? Si son muy bonitos, y muy elegantes  
y muy...

—Y esto, ¿para qué sirve?

—Oh! Esto se cuelga al cuello en días de etiqueta  
y hacen un efecto...

—No, no; no los quiero.

—Pues, hijo, dejarlos que quieran Generalísimo!

—Y esto, ¿para qué sirve?

—Yo no gasto eso.

—Pues es de mucho gusto, muy elegante....

—Si lo será, pero...

—Y muy regio...

—Todo lo que V. quiera, pero con mis posibles no alcanzo á gastar toison...

—Pues ¡tómeme V.! para V.

—Para mí? Y yo para qué lo quiero?

—Hombre, para tenerlo.

—Si no me hace falta.

—Bah! ¡Ya se supone! ¡Pero...

—No, no; eso ni sirve para cadena ni puede uno empeñarlo, ni...

—¡Eh, buen amigo!

—¿Qué se ofrece?

—¿Quiere V. tener el toison?

—¿Tenerle? Y ¿cuanto dan por tenerle?

—¿Dar? V. sería el que tendría que dar...

—¿Quién? ¿Yo? ¡Está V. loco?

—¡Bah! ¡Qué apostamos?... ¡Hola, amigo mío! ¿Qué tal? ¿Cómo va?

—Bien, y V.?

—Perfectamente, ¿Quiere V. un toison?

—Gracias, no fumo, ¡adios!

—¡Por vida del toison!

—¿Qué le pasa á V.? ¡Se le ha roto á V. el toison?

—¡Quiá! ¡No señor! ¿Quiere V. que le dé uno?

—Caballero, ¿con quién se le figura á V. que está hablando?

—Hombre... yo...

—¡Vaya V. de ahí!

—Vamos, tome V., Sr. Topete, para V.

—Gracias, no puedo tomar nada; estoy á verlas venir.

—Pues tome V., Sr. Zorrilla.

—Hombre, ¿qué dirían si yo?...

—¿Escrípulos? ¡Bah, bah! ¡Tome V., señor marqués de Perales!

—¡Abrenuncio!

—Tome V., señor Portugués. ¡Tampoco! Pero señor, ¿qué vamos á hacer con esto?

—Mira, chico, vete á *La Correspondencia* y anuncia la vacante de los dos toisones...

—¡Allá voy!

*La Correspondencia* se equivoca y dice:

«Dos toisones vacantes solicitan cría para casa de sus padres...»

¡Vea V. á lo que vienen á parar las grandes humanas!

Andrés Corzuelo.



Un periódico conservador dice que «primero es el decoro nacional que las instituciones.»

—A buena hora, mangas verdes!

Desde que hay conservadores en el mundo opino yo así.

—Con que los regimientos montados, según ulterior disposición, deben componerse de 523 hombres?

¡Ah! Entonces...

Entonces ¿qué? Voy á averiguar si me rebajan la contribución.

Se han entregado á los liberales más de 30.000 fusiles para que puedan resistir á los carlistas.

—Yo ni aun así pude resistirlos!

—¿Cuando digo que me cargan!

—La Iberia se queja de que hayan preso y continúen detenido un telegrafista.

—Pido la palabra: ¿Cuánto tiempo tuvieron preso indebidamente al general Pierrad?

—Un calamar: ¡Toma, toma! ¡El general Pierrad era republicano...

¡Ya, vamos, ya lo entiendo!

Según un periódico, en la Habana se vive en estado de agitación e incertidumbre.

Y yo pregunto: ¿Viven en ese los negros ó los negros?

—Dice V. que los negros? Entonces ya lo entiendo todo.

Un periódico llama la atención del señor gobernador de Ávila acerca de la enfermedad de hidrofobia que padecen algunos perros de la provincia, y pide que se adopten contra dichos animales medidas energéticas.

—Enérgicas? ¡Cielos! ¿qué creerá ese periódico que es un gobernador?

Se va á publicar un periódico defensor del arte teatral.

—Falta le hace á ese arte una defensa! Porque ¡mire usted que le han puesto que no hay por dónde cogerle!

El gentil-hombre Sr. Pinillos ha pedido por favor que no le de la cruz de Carlos III.

—Ya lo creo! y menos después del primero de año.

—Si hubiera sido antes!

—Pero ahora las cruces causan un horror...

—No se la podriamos dar con fecha atrasada?

—A qué tiempos hemos llegado! Ya se renuncian las cruces; digo mal, ya se dice: «¡Hombre, hágame usted el favor de no darme una cruz! ¡No me perjudique V.!

—¿Y qué hay de los artilleros?

—¡Hay un cerotol!...

—¡Cerote ó pegote?

—¡Eso, eso!

—¡Todavía?

—¡Y lo que durará!

El gobernador del *Credit Foncier* (consonante del Banco Hipotecario) Sr. Tremy ha dado 6.000 reales para los pobres.

—Para cuáles? Porque el Banco Hipotecario, aun no ha tenido tiempo de hacerlos: Sr. D. Juan de Robres... ¡me equivoco! Sr. Tramay.

Con motivo del nacimiento del nuevo príncipe, D. Amadeo se ha dedicado á regalar entre los radicales botones y gemelos que es un prodigo.

Para la llegada del infante próximo venidero, regalará camisas, calcetines y demás ropa blanca.

Aun hay radicales que dicen: «Pero señor, ¿y por qué no lo ha de dar en dinero?»

—En qué quedamos del Sr. Escoriaza?

Hace una semana que los periódicos no hablan de otra cosa sino del Sr. Escoriaza.

—Pero, ¡hombre, que se mude la tocata alguna vez! ¡No sean Vds. empalagados!

Un periódico dice que no es posible que los empleados de cárceles abandonen sus destinos por la insignificante razón de que no les pagan.

—Si! Pues dejen Vds. de pagar á D. Amadeo y veremos lo que hace.

—Y eso que él tiene para vivir!

Los carlistas pretendieron incendiár con aguarrás el cuartelillo de Riaza.

Aquí se ve el influjo de las diferentes doctrinas y creencias.

Si los carlistas hubiesen sido demagogos ateos, habrían pensado inmediatamente en el petróleo; pero como son ortodoxos y partidarios del derecho divino, sus puras ideas se encaminaron derechamente al aguarrás.

—Qué lección para los impíos!

No son ciertos al parecer todos los atentados que exageradamente se ha dicho fueron cometidos el lunes.

—Todo se redujo á que fueron robados los trenes de Valencia y Andalucía.

—¡Una bicoca!

—Y á que fué robada también la diligencia de Toledo. Nada: una misería.

Por fin tenemos la seguridad de que pueden registrarse todas las casas de Madrid, sin que en ellas se encuentre un mendigo.

—Ni uno!

Todos ellos están en las calles, en las plazas y en los paseos.

—Ya era tiempo.

Un colega da la chusca noticia de que los nuevos centros republicanos harán jefe de nuestro partido al general Nouvillas.

—Habrá en efecto republicanos que crean que las jefaturas de partido se obtienen por nombramiento?

—O sé es jefe ó no se es. Si se es, todos los nombramientos sobran. Si no se es, no sirven papeles.

Dice un colega:

«El tren expres que salió el lunes de Madrid, llegó sin novedad á Vitoria.»

—Esta noticia es evidentemente falsa.

—Dicho tren no descarriló, no fué fusilado, detenido, ni robado: ¡y esto no es la mayor novedad que ocurre á los trenes en este tiempo!

Dice un anuncio:

«Una joven deseó encontrar un caballero decente.» Que nos salga al encuentro, de una á tres en la Puerta del Sol.

Dice otro:

«Una señora deseó dar lecciones de inglés y francés.»

—¿Quién es el tirano que se lo impide?

—Quisiéramos saberlo para destruirle.

El párroco de Valtierra estuvo haciendo fuego contra las facciones por espacio de media hora en la defensa de dicho pueblo.

—Voy acabando de creer que sobran voluntarios para el ejército.

—Solo con los que hoy son curas y se entusiasman por los tiros, se formarían regimientos enteros.

Doce maridos...

—No es que se hayan suicidado, ni cosa semejante, no. Es que nuestro amigo D. Carlos Eronauta va á publicar muy en breve un libro que se titulará así.

—Doce maridos, cuyo precio tal vez no llegue á mil reales!

—No dirán las solteras que les encarecen los artículos de primera necesidad.

#### EPÍGRAMA.

—Con que Paz se llama usted?

—Mi paz será en adelante.

—Bendigo el dichoso instante

en que á mí pasó la halál

—Quien á mí nombre se aferra

debe saber mi apellido,

pues yo me llamo Paz Guerra...

—(¡Ahora si que me has partido!) \*

—A la una del dia se barre en Madrid en seco la Puerta del Sol.

—A las dos se descargan carretadas de carbón.

—A todas horas se encuentran ociosos parados en las aceras y cáscares de naranja en idem.

—La libertad es tan completa, que no sé como hay quien se atreva á hacer oposición al gobierno.

—El editor Sau Martín ha publicado ya el tomo XI el penúltimo! de *Los Códigos Españoles*.

—Antes de Marzo habrá publicado el último. De buena gana le encargaría que nos instituyese el Jurado. Creo que lo haría más pronto que el ministerio.

#### GEROGLÍFICO.



(La solución en el número proximo.)

MADRID.—1873.

(Imprenta de G. García León (barrio de Salamanca).)